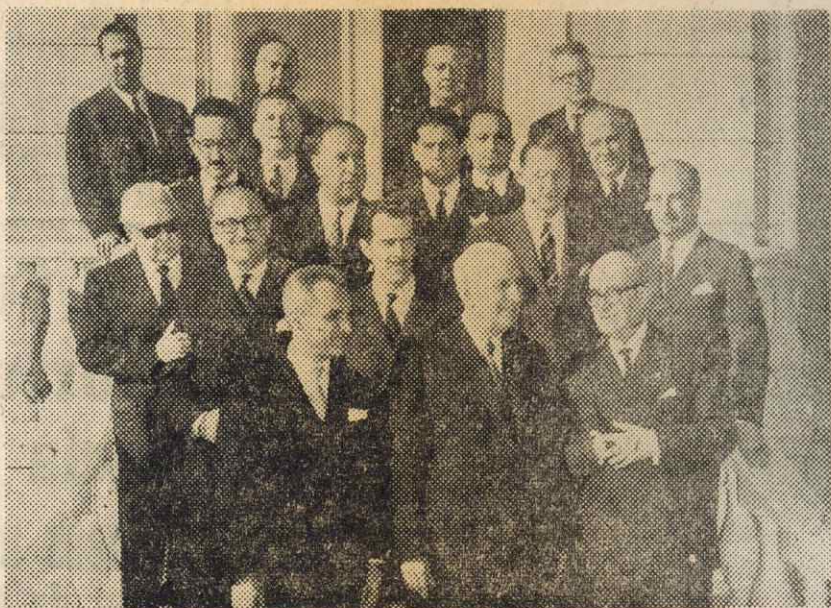


La serenidad y el buen humor del Presidente SALAZAR

Por J. SANZ RUBIO



El presidente del Consejo de ministros de Portugal, doctor Antonio Oliveira Salazar, rodeado por el embajador de España, don José Ibáñez Martín; el director general de Prensa, don Adolfo Muñoz Alonso; el secretario nacional de Información, doctor Moreira Baptista; los periodistas españoles y los agregados de Prensa a las Embajadas portuguesa en Madrid y española en Lisboa, señores Trigueiros y Echarri, durante la visita efectuada al jefe del Gobierno de Portugal en su residencia lisboeta de San Bento

ocupaciones políticas. Es muy grave la situación en Angola. Asusta el número de personas asesinadas por las masas negras enloquecidas por los tóxicos y por la propaganda realizada por agentes extranjeros. Y Angola está lejos. Lisboa ha movilizado todos sus elementos de transporte por aire y mar para enviar soldados y repatriar los niños y las mujeres que estaban en peligro. De tal manera afectaron los acontecimientos al Gabinete metropolitano, que hubo que reorganizar el Gobierno en la forma que ya conoce el lector. Nuevos ministros. Cambios en algunos mandos militares. Incluso en la Guardia Nacional Republicana—Cuerpo similar a nuestra Guardia Civil—. Y Oliveira Salazar se ha hecho cargo de la cartera de Defensa, lo que por fuerza tiene que suponer un trabajo abrumador.

Oyéndole hablar, sonriente, pausado, con sus agudas observaciones y anécdotas graciosas, nadie diría que se trata de un político que está sometido a duras pruebas. Hombre de edad avanzada, con una indiscutible y admirable tarea ya terminada, pudiera sentir la tentación de abandonar su puesto de mando en el puente para disipar un sosiego bien ganado. Pero esto sería para él una deserción dentro de la línea de sacrificio que se impuso desde que a regañadientes abandonó su cátedra de Coimbra para levantar a la Patria de la postración en que se hallaba. Y por eso sigue en su puesto. Seguro de cumplir su deber. Y más en horas críticas que no aconsejan las modificaciones bruscas. A mí, y creo que a todos los visitantes madrileños, me dio la impresión de que su serenidad es la mejor garantía de que las convulsiones deseadas por los enemigos de Portugal—y por los inevitables inquietos de siempre, con ambición personal de Poder, al servicio secreto del comunismo o del mandil y el triángulo—no se producirán.

Antes de salir a la escalinata del jardín, donde los fotógrafos tiraron unas cuantas placas, el presidente del Gobierno portugués nos había contado que para trasladarse a su despacho oficial en Sao Bento podía hacerlo siguiendo el curso de los pasillos que enlazan los distintos edificios. Pero que el camino era largo y que él prefería ir, casi siempre a pie, por la calle—suponemos que con una reducida escolta—, porque se ganaba tiempo.

—Y no pasa nada, nada—dijo.

Ganar tiempo para mejor servir, y pisar tranquilamente la calle, deben ser normas de Salazar, que se reflejan en la profunda confianza que en él depositan los portugueses bienintencionados, que están seguros de que los cambios de tipo personal realizados en el Gobierno y en los mandos militares serán eficaces para restaurar el orden en Angola. Donde Portugal quiere continuar. Y seguirá. Lo demás son «boatos» —rumores—, intrigas signadas por Moscú. Que terminarán fracasando. Con las mismas palabras de Salazar se puede dar la impresión de su confianza y de la que en él tienen depositada la mayoría de los portugueses: «No pasa nada, nada...»

—0—

El sábado por la tarde regresaron a Madrid los periodistas españoles que han sido huéspedes oficiales del Gobierno portugués durante unos días. El grupo estaba integrado por el director general de Prensa, don Adolfo Muñoz Alonso; los directores de «A B C», don Luis Calvo; de «Arriba», don Rodrigo Royo; de «Informaciones», don Jesús Revuelta; de «El Alcázar», don Santiago Galindo Herrero; de Pyresa, don Vicente Cebrián, y de la «Hoja del Lunes», don Pedro Gómez Aparicio, y los redactores de «Ya», don Bartolomé Mostaza; de MADRID, don José Sanz Rubio, y de «Pueblo», don Marino Gómez Santos, y el agregado de Prensa a la Embajada de Portugal en Madrid, don Miguel Trigueiros, que durante todo el viaje se desvió en atenciones con sus colegas españoles.

De la misma manera es obligado declarar la gratitud de los viajeros a todas las autoridades portuguesas, singularmente al secretario nacional de Información, doctor Moreira Baptista; al director de los Servicios de Prensa, doctor Valadao, y a todo el personal de la Embajada de España en Lisboa, y más concretamente al embajador, señor Ibáñez Martín, y al agregado de Prensa, Javier de Echarri, quienes en todo momento colmaron de consideraciones a los periodistas madrileños.

La casa donde vive el presidente del Gobierno portugués es un pabellón dentro del macizo bloque de edificios del palacio de Sao Bento, sede de las Cámaras legislativas. Fuera, junto al portón, hay dos guardias con arma corta. Franqueada la entrada al jardín, abre la puerta de la casa una criada de esas que no dejan recuerdo ni por jóvenes, ni por viejas, ni por tipo, ni por elegancia. Criada de casa burguesa. Y ya estamos en el salón donde nos recibirá Oliveira Salazar.

No hace falta decir que la visita de los periodistas es de pura cortesía. El que el presidente del Gobierno portugués nos acoja en su casa es honor que no prodiga. Bien sabido es que el profesor que se hizo político—o, mejor dicho, al que le hicieron político sacándole de su cátedra cuando las cosas nacionales estaban muy mal para que pusiera en orden primero las finanzas y luego la nación entera—es parco en aceptar visitantes. Se cuenta con los dedos de las manos el número de entrevistas concedidas a periodistas extranjeros y nacionales. Por eso todos los que vamos en este grupo, que presiden nuestro embajador, Ibáñez Martín, y el doctor Moreira Baptista, secretario nacional de Información portugués—la simpatía personalizada—, íbamos pensando íntimamente que se nos ofrecía un honor muy regateado, y al mismo tiempo pensábamos que perdíamos la ocasión tan ambicionada de conseguir un éxito profesional muy grande: una charla con Oliveira Salazar. ¡Se le podrían preguntar tantas cosas! Pero éste no era el momento de hacerlo.

El salón donde se nos recibió no es muy grande. De alto techo, está decorado con gusto. Muebles antiguos que huelen a caoba y sándalo. Y sin tiempo para fijar en la memoria las bellas cosas allí reunidas hace su entrada, sin ser anunciado, el presidente del Gobierno de Portugal. Lo primero que nos llega a los ojos es su sonrisa beatífica y acogedora. La edad avanzada ha suavizado las líneas del rostro. Pero sigue extrañamente parecido con aquel personaje del conocido tríptico gótico que se conserva en el Museo Das Janelas Verdes. Lo que quiere decir que es de la misma raza que los portugueses de hace cuatro siglos.

El embajador de España justifica nuestra presencia, nuestro deseo de saludar al jefe del Gobierno, como un testimonio más de la adhesión de la Prensa española al país hermano, que está capeando serios temporales, primero en el «Santa María» y ahora en Angola, muy semejantes a los que hemos padecido o podemos padecer los españoles, porque los enemigos son comunes y la causa indivisible. Y el doctor Oliveira Salazar, con una voz segura, pero en la que se nota la dulzura que ponen los años, agradece sinceramente la visita—«a visitinha»—, recuerda que también en el «Santa María» iban muchos pasajeros españoles, y renueva su gratitud a la Prensa de España con palabras extraordinariamente significativas. Luego la charla sigue por otros caminos. Y refiere una anécdota muy graciosa, inolvidable, de esas que el periodista guarda para sacarla a relucir cuando el tiempo lo aconseje.

Confieso que esperaba descubrir en el rostro, en la voz, en los ademanes del presidente algo que denotara cansancio físico. Trabaja mucho, como es sabido. Y los días pasados han debido de estar ocupados enteramente por las pre-

"MADRID", 17 ABRIL 1961.